

Estación de AFE



La empresa del Ferrocarril Central del Uruguay encarga al ingeniero Luis Andreoni la ejecución del proyecto y la dirección de las obras de construcción del edificio de la estación central de Montevideo así como la estación de Pando.

Es una construcción hecha de piedra y techo con estructura de madera y cubierta de chapas.

Varias generaciones pasaron por allí. Mis padres y sus 11, hijos así como mi Hermano y sus 3 hijos. Muchos de ellos formaron parte de la familia ferroviaria.

Tiene dos pisos, planta baja con entrada por un gran zaguán para enfrentarse a una escalera de mármol en tres tramos por la que amábamos deslizarnos en el brillante pasamanos, tratando de no caernos y compitiendo por el más rápido. Al llegar en planta alta a la casa de familia del Jefe de estación, de amplias habitaciones, pisos de madera de pinotea.

La cocina era un lugar cálido de la casa con una inolvidable cocina económica a leña, donde mi madre hacía unos ricos churrascos a la plancha, y donde los fríos días del invierno amábamos poner nuestros pies fríos cerca del horno para calentarnos mientras peleábamos por quién llegaba primero para ganar el lugar.

Cada mañana despertábamos muy temprano ya que la casa parecía estremecerse cuando el tren de los obreros paraba en la estación. Después el sueño continuaba un poco más en una ciudad tranquila.

El gran comedor obligaba a tener dos mesas unidas, ya que al menos debían haber 13 lugares para la familia y algún lugar para la visita o familiar que siempre tenía su lugar esperando. Cuando llegaba una vez al mes el inspector principal el almuerzo era en el comedor principal, donde mi madre preparaba un buen plato para agasajar al visitante. Varias personas de los más diversos orígenes pasaron por este comedor. Cuando un circo llegaba a la ciudad mi padre invitaba a muchos de los dueños y empleados con un almuerzo o cena. Recuerdo el que llamaban el circo de lo Liliputienses, hermosos, cordiales, graciosos, pero todos de muy baja estatura y pareciendo todos como niños. En la familia se recibía a todo el que llegaba con los brazos abiertos, con poco se intentaba dar mucho siempre para que el visitante, fuera cual fuera su origen, se sintiera agasajado.

Al exterior la casa tenía 4 terrazas que dejaban observar las diferentes vistas de la ciudad, adornando también la vista de la casa de los que la veían desde lejos. La que estaba sobre la oficina en una de las esquinas tenía un tubo de ventilación que utilizábamos para comunicarnos con nuestro padre como si fuera un teléfono. En otra de esas terrazas tenían siempre lugar los almuerzos y cenas de fin de año y navidad. Eran un gran lugar para observar el pasaje de los trenes y el movimiento de la estación. Pasábamos sin miedo, caminando por los bordes, de una terraza a la otra. Un gran tanque de agua sobre una de las terrazas era el lugar más alto, donde hacíamos pasos de baile improvisados con mi hermano mellizo y nos sentábamos a disfrutar las vistas y el paisaje de la ciudad y el verde hacia el otro lado. En otra de las terrazas mi madre llegó a tener 25 o 30 gallinas. La veía seguido entrar con una cesta llena de huevos, así como recuerdo la estirada de cuello de alguna pobre gallina para preparar un almuerzo.

Frente a la estación, al otro lado de las vías, había un gran monte de eucaliptus y un gran ombú. Un lugar de ensueño para nosotros, donde jugábamos a las escondidas y trepábamos. Bajo el ombú es donde mi padre muchas veces hacía un pequeño fuego para calentar la pava y tomar mate como recordaba de campaña. Ahí pastaban también unas vacas lecheras, 2 ovejas y unos cerdos, para ayudar a las comidas de la familia.

Planta baja todo oficinas, dormitorio de telegrafistas, amplia sala de espera y espacio para encomiendas.

El andén de la estación era el lugar con más vida y movimiento.

Se realizaban todos los cambios de vías, de acuerdo a la entrada y salida de los trenes. Una manivela servía para subir y bajar las

barreras, que muchos no respetaban y por eso ocurrieron varios terribles accidentes.

La entrada de las primeras máquinas a vapor, con su sonido tan particular, perdidas en el tiempo cuando llegaron otras más modernas, que llegaban a la estación despidiendo un humo negro que oscurecía al celeste cielo, pero que muy rápido se desvanecía, dejándolo ver nuevamente.

Estudiantes, obreros y ferrocarrileros era quienes se trasladaban habitualmente. Muchos eran despedidos y recibidos por sus familias, un hábito común en ese momento, ya que se disponía de tiempo para todo.

Sonaba la campana en la puerta de la oficina del jefe, el guarda tocaba el silbato y el tren se ponía en marcha.

Todo eso justo a tiempo, es que en la época de los Ingleses todo era puntual, todo impecable. Fueron estrictos pero todo marchaba correctamente.

En general los funcionarios de AFE eran como una gran familia, querían y se involucraban en dicha institución.

Luego que el tren partía, sobre el andén quedaba un peón farol en mano con la luz roja o verde según la necesidad del momento. En la estación todos los días estaban algunos tarros de leche, unos grandes canastos con galletas de campaña y muchas encomiendas que llegaban o partían, entre ellas gran cantidad de cartas.

A un lado del andén estaba el aljibe, lleno de agua fresca y dulce que las lluvias nos regalaban, y es un recuerdo del sonido del balde llegando al fondo y el sabor del agua fresca en las tardes del verano.

A un lado de las vías crecía una gran higuera, de la cual comíamos sus exquisitos higos, y un grupo de transparentes que abundaba en ese lugar. Un gajo de esos transparentes fue nuestro primer árbol navideño, adornado con objetos hechos por nosotros mismos.

Al borde también estaban las cunetas que los días de lluvia se llenaban de agua y que bolsa de arpillera cual capa, solíamos recorrer saltando y chapoteando descalzos bajo la lluvia de verano.

El día de los difuntos este andén se llenaba de gente que iban a recordar a sus seres queridos, se reunían con sus familias, flores en mano y juntos partían al cementerio. Esos días varios compraban refrescos y emparedados que algunos vendían aprovechando el movimiento de gente para hacer alguna moneda para ir el domingo a la matinée del cine.

En las vías paralelas quedaban vagones de ganado que por momentos dejaban ese aroma tan particular y típico casi de campaña que se esfumaba en poco tiempo. Los imaginábamos como presos que no se podían apenas mover o respirar en esos vagones, mientras los mirábamos por entre las tablas del vagón. Luego que partía el ganado venía la limpieza de esos vagones, y nos turnábamos para quien tenía el turno así nos ganábamos unas monedas y nos divertíamos un poco.

También varios vagones de carga con los más diversos productos de la producción del país unían la capital y el interior. Varios pasaban cargados o vacíos, así como los de pasajeros y muchos que cambiaban de destino hacia sus hogares.

La giratoria permitía cambiar el sentido de la máquina para marchar en sentido contrario al que había llegado y emprender el viaje de vuelta. Era un lugar apasionante para nuestros juegos, un verdadero abismo debajo de los rieles que nos daba un gran escondite.

Todos son hermosos recuerdos de otros tiempos mientras la estación de AFE de Pando se va desvaneciendo y desmoronando poco a poco, lejos de su esplendor de antaño, dejando a todos los que la conocieron y a quienes fue parte de su vida con un sabor un tanto amargo por no haber podido verla recuperar su esplendor, así sea en otros usos, y valorar un edificio tan característico y de arquitectura tan particular del Uruguay y sobre todo de nuestra ciudad.

Para quienes vivimos y crecimos allí, un lugar con recuerdos de la niñez y la adolescencia, donde familias de otros tiempos no tan lejanos recuerdan con nostalgia estos lugares.

Mábel Chiesa Taccini

